

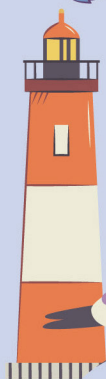
LUCY M. MONTGOMERY



Anne

y la casa de los sueños

emecé



LUCY M. MONTGOMERY

Anne
y la casa de los sueños

emecé

Capítulo 1

En la buhardilla de Tejados Verdes

—Gracias al cielo que he terminado con la geometría, ya sea de estudiarla o de enseñarla —dijo Anne Shirley, no sin un dejo vindicativo, al tiempo que arrojaba un libro algo estropeado de Euclides en un gran baúl con libros, cerraba la tapa con aire triunfal, se sentaba sobre él y miraba a Diana Wright, en la buhardilla de Tejados Verdes, con esos ojos grises que eran como un cielo matinal.

La buhardilla era un lugar lleno de sombras, sugerente, encantador, como debe ser toda buhardilla. A través de la ventana abierta, junto a la cual estaba sentada Anne, llegaba el aire de la tarde de agosto, dulzón, perfumado, tibio de sol; afuera, las ramas de los álamos crujían y se agitaban al viento; más allá, estaban el bosque, donde el Sendero de los Amantes serpenteaba su recorrido encantador, y el viejo huerto de manzanos, que todavía regalaba con generosidad sus rosáceas cosechas. Y por encima de todo, había una gran cadena montañosa de nubes níveas en el cielo azul del sur. A través de la otra ventana, se divisaba un mar distante, azul, coronado de blanco: el hermoso golfo St. Lawrence, donde,

como una joya, flota Abegweit, cuyo nombre indio tan suave, tan dulce, ha sido olvidado hace ya tiempo por el más prosaico de Isla Príncipe Eduardo.

Diana Wright, tres años mayor que la última vez que la vimos, se ha convertido en toda una señora en este tiempo. Pero sus ojos siguen igual de negros y brillantes, sus mejillas igual de encendidas, y sus hoyuelos igual de encantadores que en aquellos días lejanos cuando ella y Anne Shirley se juraron amistad eterna en el jardín de Orchard Slope. Tiene en brazos a una criatura pequeñita y de rizos negros, dormida, a quien el mundo de Avonlea conoce, desde hace dos felices años, como «la pequeña Anne Cordelia». La gente de Avonlea sabía, por supuesto, por qué Diana le había puesto Anne, pero la gente de Avonlea estaba muy intrigada por lo de «Cordelia». No había habido ninguna Cordelia en las familias Wright o Barry. La señora de Harmon Andrews dijo que ella suponía que Diana había encontrado el nombre en alguna tonta novela, y se asombraba de que Fred no hubiera tenido mejor criterio, y lo hubiera permitido. Pero Diana y Anne sonreían. Ellas sabían de dónde venía el nombre de Anne Cordelia.

—Tú siempre odiaste la geometría —dijo Diana con una sonrisa retrospectiva—. Me imagino lo contenta que estarás de no tener que enseñar más, de todos modos.

—Ah, pero a mí siempre me gustó enseñar, excepto geometría. Estos últimos tres años en Summerside han sido muy agradables. La señora de Harmon Andrews me dijo, cuando volví a casa, que no hallaría la vida de casada tanto mejor que la de maestra, como yo esperaba. Evidentemente ella comparte la opinión de Hamlet acerca de que puede ser mejor soportar los males que nos afligen antes que lanzarnos a otros que desconocemos.

La risa de Anne, tan alegre e irresistible como antes pero ahora con el agregado de una pizca de dulzura y madurez, resonó en la buhardilla. Marilla, que estaba abajo, en la cocina, preparando mermelada de ciruelas moradas, la oyó y sonrió; suspiró después, al pensar con qué poca frecuencia resonaría esa risa querida en Tejados Verdes en los años por venir. Nada en su vida le había dado a Marilla tanta felicidad como saber que Anne se casaría con Gilbert Blythe; pero toda alegría trae consigo su pequeña sombra de pena. Durante los tres años pasados en Summerside, Anne había venido a casa a pasar las vacaciones y los fines de semana pero, ahora, no podían esperar más de dos visitas al año.

—No permitas que lo que diga la señora de Harmon te preocupe —dijo Diana, con la serena actitud de quien lleva cuatro años de casada—. La vida de casada tiene sus altibajos, por supuesto. No esperes que todo siempre vaya a las mil maravillas. Pero te aseguro, Anne, que es una vida feliz, si estás casada con el hombre que quieres.

Anne ocultó una sonrisa. Los aires de vasta experiencia de Diana siempre le hacían un poquito de gracia.

«Supongo que yo actuaré igual cuando tenga cuatro años de casada», pensó. «Aunque espero que mi sentido del humor me salve.»

—¿Ya decidieron dónde van a vivir? —preguntó Diana, mientras acariciaba a la pequeña Cordelia con ese gesto inimitable de las madres; ese gesto siempre colmaba el corazón de Anne, pleno de sueños y esperanzas dulces y aún inexpresados, con una emoción que era en parte placer puro y en parte una extraña y etérea congoja.

—Sí. Eso quería contarte cuando te llamé por teléfono para que vinieras hoy. A propósito, no puedo acostumbrarme a que

tengamos teléfonos en Avonlea. Me resulta demasiado moderno para este viejo, tranquilo y encantador lugar.

—Se lo debemos a AVIS —dijo Diana—. Nunca hubiéramos conseguido la línea si la asociación no se hubiera ocupado del tema y no hubiera insistido. Hubo muchas piedras en el camino, como para desalentar a cualquier asociación. Pero ellos no abandonaron. Hiciste algo maravilloso por Avonlea cuando fundaste esa asociación, Anne. ¡Cómo nos divertíamos en las reuniones! Yo nunca olvidaré el salón azul ni el plan que tenía Judson Parker de pintar publicidad de medicina en su cerco.

—No sé si le estoy muy agradecida a AVIS en este asunto del teléfono —dijo Anne—. Ah, ya sé que es muy conveniente... ¡incluso más que nuestro antiguo sistema de hacernos señales con linternas! Y, como dice la señora Rachel: «Avonlea debe seguir el ritmo de la procesión, sí, señor». Pero en cierto sentido, creo que yo no habría querido ver a Avonlea estropeada por lo que el señor Harrison llama, cuando quiere ser ingenioso, «atrasos modernos». Me habría gustado mantenerlo siempre como era en los viejos tiempos. Pero es una tontería, un sentimentalismo imposible. De modo que, de inmediato, me pondré sensata, práctica y actual. El teléfono, como admite el señor Harrison, es «una cosa estupenda», aunque una sepa que probablemente haya media docena de entrometidos escuchando en la línea.

—Eso es lo peor —suspiró Diana—. Es tan molesto llamar a alguien y oír el ruido de los teléfonos cuando los cuelgan. Dicen que la señora de Harmon Andrews insistió para que instalaran el de ellos en la cocina y así escuchar cada vez que suena mientras prepara la comida. Hoy, cuando me llamaste, oí con toda claridad el reloj de los Pye, que daba la hora. Seguramente Josie o Gertie estaban escuchando.

—Ah, por eso dijiste eso de «¿Tienen un reloj nuevo en Tejados Verdes, no?» No entendía lo que querías decir. Y en seguida oí un «clic». Supongo que fue el ruido del teléfono de los Pye, que alguien colgaba con profana energía. Bien, no nos preocupemos de los Pye. Como dice la señora Rachel: «Los Pye siempre han sido así y siempre serán así, mientras el mundo sea mundo, amén». Quiero hablar de cosas más lindas. Ya está todo decidido con respecto a dónde viviremos.

—¡Ay, Anne! ¿Dónde? Ojalá sea cerca de aquí.

—Nooo, esa es la desventaja. Gilbert va a establecerse en Puerto Four Winds, a cien kilómetros de aquí.

—¡Cien! No habría diferencia si fueran mil —suspiró Diana—. Ahora no puedo ir más lejos de Charlottetown.

—Tendrás que venir a Four Winds. Es el puerto más hermoso de la isla. En un extremo, hay un pueblito llamado Glen St. Mary, y el doctor David Blythe ha ejercido allí durante cincuenta años. Es el tío abuelo de Gilbert, lo sabes. Va a retirarse y Gilbert se hará cargo de sus pacientes. Pero el doctor Blythe se quedará con su casa, de modo que nosotros tendremos que buscarnos vivienda. Todavía no sé qué será ni dónde estará en realidad, pero tengo una casita de los sueños ya amueblada en mi imaginación: un diminuto y delicioso castillo en España.

—¿Adónde irán de luna de miel? —preguntó Diana.

—A ningún lado. No pongas esa cara de espanto, querida. Me recuerdas a la señora de Harmon Andrews. Ella comentará, sin duda en tono condescendiente, que la gente que no puede permitirse irse de luna de miel es prudente, si decide no viajar; y entonces me recordará que Jane se fue a Europa en la suya. Yo quiero pasar mi luna de miel en Four Winds, en mi preciosa casita de los sueños.

—¿Y has decidido no tener damas de honor?

—No tengo a nadie. Tú, Phil, Priscilla y Jane, todas me ganaron de mano con el matrimonio; y Stella está enseñando en Vancouver. No tengo a ninguna otra «amiga del alma» y no quiero una dama de honor que no sea una amiga íntima.

—Pero vas a usar velo, ¿no? —preguntó Diana, preocupada.

—Sí, por supuesto. No me sentiría una novia sin velo. Recuerdo que el día aquel que Matthew me trajo a Tejados Verdes le dije que yo no pensaba casarme porque era tan fea que nadie me pediría jamás en matrimonio, a menos que fuera algún misionero extranjero. Creía que los misioneros extranjeros no pueden darse el lujo de ser exigentes y esperar belleza en una muchacha a quien van a pedirle que arriesgue la vida entre los caníbales. Si hubieras visto al misionero extranjero con el que se casó Priscilla... Es tan buen mozo e inescrutable como aquellos galanes con los que soñábamos despiertas para futuros esposos, Diana. Es el hombre mejor vestido que he visto en mi vida, y estaba fascinado por la «belleza etérea y dorada» de Priscilla. Claro que en Japón no hay caníbales.

—Tu vestido de novia es un sueño —suspiró Diana, embelesada—. Vas a parecer una verdadera reina, eres tan alta y delgada... ¿Cómo haces para no engordar, Anne? Yo estoy más gorda que nunca, pronto no tendré ni cintura.

—A mí me parece que una está predestinada a ser delgada o robusta —dijo Anne—. Al menos, a ti la señora de Harmon Andrews no puede decirte lo que me dijo a mí cuando vine a casa desde Summerside: «Bien, Anne, estás tan esquelética como siempre». Ser delgada suena muy romántico, pero «ser esquelética» es harina de otro costal.

—La señora Harmon ha estado hablando de tu ajuar. Ad-

mite que es tan lindo como el de Jane, aunque dice que Jane se casó con un millonario y tú te casarás apenas con «un pobre médico sin un centavo».

Anne rio.

—Mis vestidos son muy lindos. A mí me gustan las cosas lindas. Recuerdo el primer vestido bonito que tuve: aquel satinado color castaño, que me regaló Matthew para el concierto en el colegio. Antes de eso, todo lo que tuve era tan feo... Aquella noche me pareció que entraba en un nuevo mundo.

—Fue aquella noche cuando Gilbert recitó «Bingen on the Rhine» y te miró a ti cuando dijo: «Hay otra, que *no es* una hermana». ¡Y tú estabas furiosa porque él se puso tu rosa de papel rosado en el bolsillo de la chaqueta! En ese momento, no se te hubiera ocurrido que terminarías casándote con él.

—Bien, ese es otro ejemplo de predestinación —dijo Anne, riendo, y las dos bajaron juntas la escalera de la buhardilla.

Capítulo 2

La casa de los sueños

Había más excitación en el aire en Tejados Verdes que en toda la historia de la casa. Incluso Marilla estaba tan inquieta que no podía evitar demostrarlo, lo cual era en absoluto extraordinario.

—Nunca hubo una boda en la casa —le dijo, casi como disculpándose, a la señora Rachel Lynde—. Cuando era niña, oí decir a un ministro que una casa no era un verdadero hogar hasta que no era consagrado por un nacimiento, una boda y una muerte. Hemos tenido muertes en la casa, mi padre y mi madre murieron aquí, igual que Matthew; y también hemos tenido un nacimiento. Hace mucho, cuando apenas nos habíamos mudado, tuvimos a un hombre trabajando aquí; era casado y su esposa tuvo un niño aquí. Pero nunca hubo una boda. Me parece tan extraño que Anne se case... En cierto modo, a mí me parece que sigue siendo la niñita que Matthew trajo a casa hace catorce años. No puedo darme cuenta de que creció. Jamás olvidaré lo que sentí cuando vi que Matthew traía a *una niña*.

Me pregunto qué habrá sido del varoncito que tendríamos que haber tenido en su lugar, de no ser por el error. Me pregunto cuál habrá sido su destino.

—Bien, aquel fue un error afortunado —dijo la señora Rachel Lynde—. Aunque, atención, hubo momentos en que no lo creí así, por ejemplo, el día que vine a ver a Anne y ella nos hizo semejante escena. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces, sí, señor.

La señora Rachel suspiró, pero en seguida recuperó el ánimo. Cuando las bodas eran lo que debían ser, la señora Rachel estaba dispuesta a permitir que los muertos enterraran a sus muertos.

—Voy a regalarle a Anne dos de mis colchas de algodón —continuó diciendo—. Una con un diseño de hebras de tabaco y, la otra, con hojitas de manzano. Ella dice que se están poniendo de moda otra vez. Bien, moda o no moda, no creo que haya nada más bonito para una cama de huéspedes que una colcha con hojitas de manzano, sí, señor. Voy a hacerlas lavar bien. Las hice guardar en bolsas de algodón después de la muerte de Thomas, y seguro que están muy feas de color. Pero todavía falta un mes, y si se ponen a blanquear al rocío, quedarán impecables.

¡Solo un mes! Marilla suspiró y luego dijo, con orgullo:

—Yo voy a regalarle a Anne esa media docena de alfombritas trenzadas que tengo en la buhardilla. No creí que las quisiera, son tan anticuadas, y ahora parece que la gente no quiere más que alfombras tejidas. Pero ella me las pidió, dice que es lo que más le gustaría para sus pisos. Son muy bonitas. Las hice con los retazos más lindos y las trencé en franjas. Han sido una buena compañía estos últimos inviernos. Y le prepararé bastante mermelada de ciruelas moradas para que le dure un año. Es muy

raro. Esos ciruelos no han dado fruta en tres años, yo hasta pensé que habría que cortarlos. Pero la última primavera se pusieron blancos de flores, y han dado tantas ciruelas como no recuerdo que haya habido nunca antes en Tejados Verdes.

—Bien, gracias al cielo que Anne y Gilbert van a casarse después de todo. Es algo por lo que siempre he rezado —dijo la señora Rachel en el tono de quien está absolutamente seguro de que sus plegarias han tenido una gran influencia—. Fue un gran alivio descubrir que ella nunca pensó aceptar a ese hombre de Kingsport. Él era rico, cierto, y Gilbert es pobre, ahora, al menos, pero es un muchacho de la isla.

—Es Gilbert Blythe —dijo Marilla, contenta.

Marilla habría preferido morir antes que poner en palabras el pensamiento que siempre había estado en su mente cada vez que miraba a Gilbert desde que este era un niño: el hecho de que, de no haber sido por su propio obstinado orgullo de hacía tanto, pero tanto tiempo, el muchacho podría haber sido hijo suyo. Marilla sentía que, de alguna extraña manera, el matrimonio de él con Anne corregía aquel error. Había aparecido el bien de entre lo malo de aquella antigua tristeza.

En cuanto a Anne misma, estaba tan contenta, que Marilla casi tenía miedo. A los dioses, según dice una vieja superstición, no les gusta ver mortales demasiado felices. Lo que sí es cierto es que a algunos seres humanos no les gusta. Dos de estos especímenes llegaron a Anne en un crepúsculo violeta y se dispusieron a hacer lo que pudieran por ajar la nube de colores de su satisfacción. Si ella pensaba que se llevaba algún tipo de premio con el joven doctor Blythe, o si suponía que él seguía tan enamorado de ella como en sus días de inexperta juventud, era por cierto deber de estas personas presentarle la cuestión

bajo otra luz. Sin embargo, estas dos dignas señoras no eran enemigas de Anne; por el contrario, de verdad la querían y, de haberla atacado alguna otra persona, la habrían defendido como si hubiera sido de su carne y sangre. La naturaleza humana no está obligada a ser coherente.

La señora de Inglis (nombre de soltera: Jane Andrews, según el *Daily Enterprise*) vino con su madre y la señora de Jasper Bell. En Jane, la leche de la bondad humana no se había agriado por años de altercados maritales. Sus comentarios fueron de carácter agradable. Como diría la señora Rachel Lynde, a pesar del hecho de haberse casado con un millonario, el suyo era un matrimonio feliz. El dinero no la había echado a perder. Seguía siendo la Jane plácida, gentil, de sonrosadas mejillas de aquel cuarteto de muchachas, contenta con la felicidad de su antigua compañera y tan interesada en todos y cada uno de los detalles del ajuar de Anne como si este pudiera rivalizar con sus propios esplendores en sedas y piedras preciosas. Jane no era brillante y probablemente jamás en toda su vida había hecho un comentario digno de ser escuchado; pero nunca decía nada que pudiera herir los sentimientos de nadie, lo cual, aunque puede ser un talento por la negativa, es, al mismo tiempo, una cualidad envidiable y poco usual.

—De modo que Gilbert no te dejó plantada, después de todo —dijo la señora Harmon Andrews, dando una expresión de sorpresa a sus palabras—. Bien, los Blythe, en general, cumplen con su palabra cuando la han comprometido, suceda lo que sucediere. Veamos, tú tienes veinticinco años, ¿no, Anne? Cuando yo era muchacha, los veinticinco eran el primer recodo. Pero se te ve muy joven. La gente pelirroja es así.

—Los cabellos rojizos están muy de moda ahora —dijo Anne, tratando de sonreír, pero hablando con un dejo de fríal-

dad. La vida le había dado un bien desarrollado sentido del humor, que la ayudaba a sobreponerse a muchas dificultades, pero hasta el momento, nada había conseguido endurecerla ante la menor referencia a su cabello.

—Así es, así es —concedió la señora Harmon—. Es desconcertante lo rara que puede ser la moda. Bien, Anne, tus cosas son muy bonitas, y muy apropiadas para tu situación en la vida, ¿no te parece, Jane? Espero que seas muy feliz. Tienes mis mejores deseos, te lo aseguro. Un noviazgo largo no siempre resulta bien. Pero en tu caso, no se pudo evitar, claro.

—Se lo ve muy joven a Gilbert para ser médico. Me temo que la gente pueda no tenerle demasiada confianza —dijo la señora de Jasper Bell, con tono tenebroso. Luego apretó los labios con fuerza, como si ya hubiera dicho lo que consideraba un deber decir y ahora tuviera la conciencia tranquila. Pertenecía a esa clase de mujeres que siempre tienen una pluma negra en el sombrero y rulos desordenados en la nuca.

El placer superficial de Anne por las cosas lindas de su ajuar se vio ensombrecido por un momento, aunque la profunda felicidad interna estaba fuera de alcance, y los pequeños aguijones de las señoras Bell y Andrews fueron olvidados al llegar Gilbert, más tarde, y al irse a caminar juntos hasta los abedules del arroyo, que estaban recién plantados cuando Anne llegó a Tejados Verdes, y que ahora eran altas columnas de marfil en un palacio de hadas formado por la luz crepuscular y las estrellas. A su sombra, Anne y Gilbert hablaron como dos enamorados de su nuevo hogar y de su nueva vida juntos.

—Encontré un nido para los dos, Anne.

—Ah, ¿dónde? No en el pueblo mismo, espero. No me gustaría para nada.

—No. No había ninguna casa disponible en el pueblo. Esta es una casita blanca sobre la costa del puerto, a medio camino entre Glen St. Mary y Punta Four Winds. Está algo alejada, pero cuando tengamos teléfono, eso no importará mucho. El lugar es precioso. Da hacia el poniente y tiene enfrente el gran puerto azul. Las dunas no están muy lejos, los vientos del mar soplan sobre ellas y la espuma del mar las empapa.

—Pero la casa propiamente dicha, Gilbert, nuestro primer hogar... ¿cómo es?

—No muy grande, pero lo suficiente para nosotros. Hay una sala espléndida, con hogar, en la planta baja, y un comedor que da al puerto, y una pequeña habitación que servirá para mi consultorio. La casa tiene unos sesenta años, es la más antigua de Four Winds. Pero está muy bien cuidada, y fue casi rehecha hace unos quince años, es decir, le cambiaron las tejas y los pisos y le arreglaron el revoque. Para empezar, es muy buena construcción. Tengo entendido que tiene una historia romántica, pero el hombre que me la alquiló no la conocía. Me dijo que el capitán Jim es el único capaz de recordar esa vieja historia.

—¿Quién es el capitán Jim?

—El encargado del faro de Punta Four Winds. Te encantará el faro de Four Winds, Anne. Es giratorio, y destella como una magnífica estrella a través de las tinieblas. Podemos verlo desde las ventanas de la sala y desde la puerta del frente.

—¿Quién es el dueño de la casa?

—Bien, ahora pertenece a la Iglesia Presbiteriana de Glen St. Mary, y yo se la alquilé a los administradores. Pero hasta hace poco pertenecía a una mujer muy anciana, la señorita Elizabeth Russell. Murió la primavera pasada y, como no tenía parientes cercanos, le dejó la propiedad a la Iglesia de Glen St. Mary. Sus

muebles seguían en la casa, y los compré casi todos, por nada, porque eran tan anticuados que los administradores estaban desesperados por venderlos. En Glen St. Mary, la gente prefiere el elegante brocado y los aparadores con espejos y adornos, creo. Pero los muebles de la señorita Russell son muy buenos y estoy seguro de que te gustarán, Anne.

—Hasta ahora, todo muy bien —dijo Anne, asintiendo con cautela—. Pero, Gilbert, la gente no puede vivir solo de muebles. No has mencionado algo muy importante. ¿Hay árboles alrededor de esa casa?

—A montones, ¡oh, ninfa de los bosques! Hay un bosquecito de abetos detrás de la casa, dos hileras de álamos de Lombardía en el sendero de la entrada, y un anillo de abedules blancos alrededor de un jardín muy lindo. Nuestra puerta del frente abre al jardín, pero hay otra entrada, una especie de portón pequeño que cuelga entre dos abetos. Las bisagras están sujetas a un tronco, y el pasador, a otro. Las ramas forman un arco encima de él.

—¡Ah, me alegro tanto! No podría vivir en un lugar donde no hubiera árboles, algo en mí moriría de sed. Bien, después de eso, no tiene sentido que te pregunte si hay algún arroyito cerca. Sería pedir demasiado.

—Pero sí lo hay, y hasta cruza por un rincón del jardín.

—Entonces —dijo Anne, con un largo suspiro de suprema satisfacción—, esa casa que has encontrado y ninguna otra es «mi casa de los sueños».